8922

SAINETE

TITULADO

LAS PRECIOSAS RIDÍCULAS.

PARA DIEZ PERSONAS.

MADRID:—1866.
LIBRERÍA DE LA SEÑORA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
calle de Carretas, número 9.

PERSONAS.

DOÑA CLARA.
DOÑA LUCIA.
ANTONIA.
FRANCISCO.
PERICO.

DON JACINTO.
DON ROQUE.
DON BERNARDO.
BENITO.

Criados y músicos.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA.
Factor, 14, bajo.

Salon corto.

FRANCISCO *y* PERICO, *aparecen sentados jugando á los naipes.*

FRANC. No quiero mas: treinta tengo.
PER. Pues mio es el real de plata,
que yo las tengo de mano.
FRANC. Cargue el diablo con las cartas,
y mala peste le venga (*Las rompe.*)
al que inventó las barajas:
la mitad de la racion
de hoy, se llevó la trampa.
PER. ¿Pues qué, solos cuatro reales
te dá tu amo?
FRANC. No dá nada;
pues aunque dá una peseta,
no la dá, pues no la paga.
¿Y cuánto te dan á tí?
PER. Seis reales y la pitanza
FRANC. ¡Sopla!
PER. Es que yo soy lacayo
en forma, y me hallo con cuantas
habilidades requiere
el oficio.
FRAN. No me faltan
á mí tampoco, pues sé
peinar bien, hacer la barba,
guisar, aplanchar, coser,
dar recados á madamas,
y desalumbrar maridos;
sino que mi amo es un mandria
y no me deja lucir.
PER. Pues el mio bien lo manda,
pero bien lo recompensa.
FRANC. Oyes, dicen que se casan
con estas dos forasteras.
PER. Sí; yo ya tengo esperanzas
de pillar librea nueva.
FRANC. Yo, amigo, no quiero ama:
luego busco conveniencia
que esté la boda ajustada.
PER. Pues mal haces, que un lacayo
hábil y de buena planta,
puede fundar en Madrid
muy felices esperanzas,
bien por los méritos suyos,
ó bien por los de sus amas.
FRANC. Pues yo he oido decir al mio
que estas son unas madamas
que han venido de Segovia
á casarse, tan uraños,
tan presumidas y tan
ridículas y preciadas
de lindas y de señoras,
que nadie puede aguantarlas,
y con títulos y grandes
solo quieren alianza.
PER. Bien tontos son nuestros amos
en venir, y no dejarlas
por locas.
FRANC. Es que son ricas.
PER. Esa es grande circunstancia
para pretendidas, pero
maldita para logradas.
FRANC. Yo me quiero desquitar
á otro juego.
PER. Por mí, vaya.
FRANC. ¿Sabes á la morra?
PER. Sí.
FRAN. Pues vamos: cada tirada
un real, y dame la mano.
PER. Vamos como te dé gana.
LOS DOS Seis, ocho, dos, nueve, cinco,
todas, una, cuatro, nada.

Salen D. JACINTO *y* D. ROQUE, *este enfadado y el otro riéndose.*

ROQUE Amigo, yo ya no tengo
paciencia para aguantarlas.
JAC. ¡Que haya hombre que no se ria
de tales estravagancias!
ROQUE Qué, ¿no salis satisfecho?
JAC. Y aun harto... pero con tanta
gana de reir, que no juzgo
dejarlo de aquí á mañana.
ROQUE Yo salgo escandalizado:
¿no vé usted las culipardas
qué desprecios nos han hecho?
¡Qué gestos y qué monadas,
qué secretos al oido,
y con qué poca crianza
preguntarnos tantas veces
que hora seria, y las raras
preguntas de si tenemos
parientes Grandes de España
JAC. ¿Y el decir que en Madrid nadie
es atento con las damas,

porque ya toda la Corte
no ha venido á visitarlas,
no es bonito? Pero vos
lo tomais con demasiada
seriedad.

ROQUE Tanto, que nunca
pienso volver á su casa.

JAC. ¿Quereis ver cómo dispongo
una graciosa venganza
con que aprendan á vivir
y queden escarmentadas?

ROQUE ¿Cómo ha de ser?

JAC Mi lacayo
y el vuestro son dos alhajas
de lo que se encuentra poco
para cualquiera humorada:
¿no es verdad?

ROQUE Sí, yo le fio
á mi Perico.

JAC. Yo pajas
á mi Francisco

PER. ¿Oyes? Parece
que de nosotros se trata.

FRANC. Estarán quizá tratando
de las libreas de gala.

PER. Mi amo está de mal humor.

FRANC. El mio es de buena pasta,
y con todo se conforma.

ROQUE Decidme, pues, vuestra traza
ó idea.

JAC. Yo os lo diré:
vamos á vuestra posada
ó la mia.

ROQUE Deteneos,
porque sale á la campaña
el contrario.

JAC. ¿Quién?

ROQUE El suegro.
¡Miren ustedes qué facha!

Sale D. BERNARDO.

BER. ¡Caballeros!...

LOS DOS Dios os guarde.

BER. Hablemos sin pataratas.
Puesto que salen ustedes
de ver sus partes contrarias,
¿qué tal les han parecido?
¿Qué resultas nos aguardan
de esta vista?

ROQUE Resultas
que podeis averiguarlas
de ellas, mas que de nosotros.
Entrambos os damos gracias
del favor que nos haceis,
y aquí, y en cualquier distancia,
somos vuestros servidores.
Perico, sigue mis plantas.
(*Váse con* PERICO.)

JAC. Somos vuestros servidores
aquí, y en cualquier distancia.
Frazquillo, venme contando
los pliegues de la casaca.
(*Váse con* FRANCISCO.)

BER. ¡Hola, parece que salen
de haber comido mostaza!
¿Qué razon podrán tener?
No, pues yo no sufro chanzas,
y se acordarán, por vida
del Puerto de Guadarrama.
Voy á averiguar que ha habido.
¡Hola! ¡Muchachas! ¡Muchachas!

Salon corto.

Aparecen BENITO *y* ANTONIA, *limpiando y barriendo, y sale* D. BERNARDO.

BER. ¿A dónde están vuestras amas?

ANT. Están en el gabinete.

BER. ¿Y qué hacen? Diles que salgan.

ANT. Se están untando los labios
con una cosa encarnada,
y los carrillos con otra
que no sé cómo se llama.

BER. Dí que vengan. Desde que
están aquí, tienen traza de
arruinarme; yo no veo
otros muebles que pomadas,
leche virginal, mejunges,
que yo no sé qué sustancia
sacarán de ellos: se podian
mantener con lo que gastan
en eso, cuatro criados
y bien gordos.

Salen muy charras y muy puestas DOÑA LUCÍA *y* DOÑA CLARA.

LAS DOS ¿Qué nos mandas?

BER. Acérquense ustedes.

CLARA. Verás tú que pampringada.

BER. ¿Qué habeis hecho á esos señores
que ahora de salir acaban
de aquí, que van de manera
de quien lleva calabazas?

CLARA. ¿Qué estimaciones pensais
que hiciésemos de la entrada
irregular de esa gente?

LUCÍA. ¿Una razonable dama
se podia acomodar
á una gente tan cansada?

BER. ¿Qué teneis mas que decir?

CLARA. ¡Qué festejos, y qué ansias
de sugetos! ¿Al primer

envite marido?
BER. Y vaya:
¿con que querian ustedes
que los dos las envidaran
con el cortejo?
CLARA. Usted habla,
padre, como un pobre hidalgo
de una ciudad limitada,
y yo pienso con el filis
de la mas preciosa dama.
LUCÍA. ¡Qué vergüenza! Usted debiera
tomar alguna enseñanza
del bello gusto.
BER. Yo digo
que es una cosa sagrada
el matrimonio, y que solo
pretesto tan justo, salva
el arriesgado comercio
del sombrero con las faldas.
LUCÍA. ¡Jesus! Si todos los juicios
del mundo se sujetaran
al vuestro, cortos asuntos
tendrian libros y estampas.
CLARA. Padre: aqui teneis á mi prima
que está como yo enterada
de que el matrimonio debe
ser en gente de importancia
la última aventura: es fuerza
que un amante que idolatra,
vaya subiendo los grados
del mérito por la escala
de lo dulce, de lo tierno,
del temor, de la esperanza,
y el obsequio que acredite
la docilidad del alma;
¿pero venir, golpe en bola,
toma ya mi mano y daca
la tuya, y decir marido
á la primera palabra?
¡qué inutilidad! seria
empezar por donde acaban
otras historias la nuestra:
yo estoy escandalizada
de que quepan en los hombres
unas ideas tan bajas.
BER. ¡Qué estilo tan alto! Amiga,
estás muy adelantada.
LUCÍA. Tio, dice bien mi prima;
y á lo dicho, es bien que añada
el mal gusto de los trajes,
de esos hombres:
apuesto yo que los versos,
los enigmas, y las cartas
amatorias, son para ellos
tierras incógnitas.
BER. Vaya,
que entrambas se han puesto locas.
Decidme, Lucía, Clara...
CLARA. Padre, ¡por amor de Dios
no nos llames! Si nos llama
con nombres tan ordinarios...
BER. Cuando os echaron el agua
del bautismo, asi os pusieron.
CLARA. ¡Clara... Lucía!... ¿En qué historia
política ni profana
ha encontrado usted estos nombres?
LUCÍA. Una oreja delicada
padece furiosamente
con apelacion tan charra.
Aquellos nombres de Aminta,
Amarilis, Adelaida,
si que son lindos.
BER. ¿Y en qué
calendario hay esas santas?
CLARA. Las hay en libros impresos
y encuadernados en pasta.
BER. Para mí no sirven vuestras
críticas estravagancias;
los dos caballeros son
ricos, y de ilustres casas.
O habeis de casar con ellos,
ú os pongo monjas mañana.
CLARA. A mí el nombre de marido
me choca.
LUCÍA. A mí me acobarda,
porque dicen que los hay
que aguantan, y que no aguantan.
BER. Yo sé que absolutamente
soy el amo de mi casa,
y me burlo bien de vuestras
ideas y repugnancias.
O matrimonio, ó convento:
pensarlo de aqui á mañana,
que para un hombre son dos
hembras locas, mucha carga. (*Váse.*)
LUCÍA. ¡Querida, qué estupidez
tiene tu padre en el habla.
CLARA. Yo me avergüenzo de ser
su hija, y tengo esperanza
de que andando el tiempo, alguna
aventura estraordinaria
me declare feliz fruto
de mas ilustre prosapia.
LUCÍA. Yo pienso un poco mas alto.

Sale ANTONIA.

ANT. Esperando en la antesala
hay un lacayo, señora,
y dice que su amo aguarda
licencia para subir.
LUCÍA. ¿Ha dicho cómo se llama
su amo?
ANT. Sí.
CLARA. ¿Y quién ha dicho?
ANT. El marqués de Frescas-Auras.

CLARA. ¡Hija, un marqués... un marqués!...
Sin duda que nuestra fama
vá corriendo por Madrid.
LUCÍA. Seguramente.
CLARA. Anda, anda:
condúcenos al instante
el consultor de las gracias.
ANT. ¿Y quién es ese animal?
CLARA. El espejo: ¡qué criada
tan indigente!
ANT. ¡Señora,
si yo no entiendo palabra
de latin: ustedes hablen
cristiano, como Dios manda.
(Vá por un espejo.)
LUCÍA. Es preciso sostener
nuestra reputacion.

Sale ANTONIA, *con un espejo.*

ANT. Vaya,
aquí está el animalito.
CLARA. Avisa que sin tardanza,
suba el marquesito, y tú
por ningun motivo salgas,
no desautorices nuestro
filis, con tus palabras.
LUCÍA. ¿Estoy linda?
CLARA. Cómo Venus:
¿y yo?
LUCÍA. Como Diana.

Sale ANTONIA.

ANT. Que sale, que sale.
CLARA. Toma,
guarda el espejo.
(Váse ANTONIA *con el espejo.)*

(Sale FRANCISCO.)

FRANC. ¡Madamas!
Usías se quedarán
sorprendidas de la audacia
de mi visita: mas vuestro
mérito corre con tanta
fortuna por el lugar,
que como vá tras la garza
el halcon, vienen siguiendo
vuestro mérito mis ánsias.
LUCÍA Si el mérito vais buscando,
no vive en aquesta casa.
CLARA. O solo vive aquel tiempo
que guste usía de honrarla.
LUCÍA. Siéntese usía.
FRANC. No estén
usías incomodadas;
yo, señoras, las serviré.
CLARA. Aquí en medio. *(Siéntanse.)*
LUCÍA. (¡Qué crianza!)
FRANC. Señoras, bien puedo dar
el parabien á mi pátria...
mal digo: el pesar daré,
cuando debe avergonzada
veros cual feliz compendio
de su grandeza y sus gracias,
que en ella bajan y suben,
y aquí ni suben ni bajan.
LUCÍA. ¡Qué perífrasis tan lindos,
y qué original!
CLARA. Repara
qué bien acabado viene
de vestir, y qué ajustada
trae la hebilla del zapato.
FRANC. Solo, señoras, estraña
mi temor el trato, pues
no es correspondencia hidalga
hacer que cueste á los hombres
solo miraros, el alma.
¡Ay pobre libertad mia,
que diste con la emboscada
de unos ojos, que te ofrecen
la esclavitud mas tirana!
CLARA. ¡Oh señor! Mi prima y yo
somos las que mas incautas
dimos de vuestras lisonjas
en el lazo.
LUCÍA. Esto se llama
todo un hombre.
CLARA. ¡Es un Aniteal
ó Adonis!
FRANC. Y bien, madamas,
¿qué os parece de Madrid?
CLARA. Es fuerza que una se hallara
antípoda del buen gusto,
para negar las ventajas
de Madrid: es el buró
de las maravillas, la aula
del talento, y del Perú
es el rio de la Plata.
FRANC. Mucha corre; solo que
saben pocos dónde para.
CLARA. En fin, Madrid es el centro
del amor y de las galas.
FRANC. Eso es decir que es Madrid
la feria de las muchachas.
Y decid, ¿qué petimetres
han presentado en la aduana
feliz de vuestros discursos
sus pretensiones y halajas?
LUCÍA. Hasta ahora no estamos bien
conocidas, ni anunciadas
todavía en la *Gaceta*
ni en el *Diario*.
FRANC. Mañana
haré yo esa diligencia,

porque de vuestra llegada
tenga noticias Europa.
¿De qué gustais mas, de danzas,
de comedias ó de toros?

CLARA. El baile es lo que me encanta
á mí.

LUCIA. El baile es el contraste
donde las gentes declaran
su talento, su nobleza
y su honor.

FRANC. Si quereis que haga
traer mis músicos, y que
un sarao ó serenata
acredite mi grandeza...

CLARA. Por no dejar desairada
vuestra bizarría...

FRANC. ¡Hola! Domingo, Pedro Quijada
Lopez... ¿A que mis volantes
se han ido?

LUCÍA. ¡Benito!

Sale BENITO.

BEN. Vá allá.

LUCÍA. ¿Los criados del señor marqués?

BEN. No he visto nada.

FRANC. Se habrán ido á la taberna.
¡Es imposible que haya
caballero peor servido
que yo en la Corte!

CLARA. Pues vaya,
á llamar á las vecinas.

FRANC. Chico, de camino llama
cuantos músicos encuentres
en la Puerta del Sol, para
que mientras vienen los mios,
no estén las gentes paradas.

BEN. Ansina se hará (*Váse.*)

Sale ANTONIA.

ANT. Señoras:
suplica le deis entrada
el vizconde de Mil-Valles.

FRANC. ¡Mil-valles! Mi camarada,
y mi pariente... ¡Gran mozo!

CLARA. Hazle entrar luego; despacha.
(*Váse* ANTONIA.)

LUCÍA. ¿Le conoceis?

FRANC. ¡Como á mí!
Hemos hecho mil campañas
juntos: servimos á un tiempo.
¡Vizconde!

Sale PERICO *de petrimetre, lo mismo que* FRANCISCO.

PER. ¡Marqués!

LOS DOS Abraza.

CLARA. (Gracias á Dios, ya empezamos
á vernos comunicadas
del gran mundo.)

FRANC. Aquí os presento
este amigo, cuyas altas
prendas son bien conocidas.

PER. Disimulad la tardanza
de la obligacion que á todas
las gentes de circunstancias
nuestros méritos exigen.

CLARA. Vuestras atenciones pasan
ya los últimos confines
de la lisonja.

LUCIA. Marcada
quedará en nuestro almenaque,
como venturosa y rara,
la hora de conoceros.

CLARA. Asiéntense usías. (*Se sientan.*)

FRANC. Madamas,
no os espante ni os admire
al ver la figura estraña
del vizconde, porque há poco
que salió de unas tercianas.

PER. Fruta es de la Corte, y
resulta de las batallas.

FRANC. ¿Sabeis, señoras, que ahora
estais viendo facha á facha
el mayor soldado que
se pasea por España?

PER. Bien sabes, marqués, bien sabes
que tú no me debes nada,
y hacia bastante calor
donde nos vimos las caras.

FRANC. ¡Y eso que allí no habia
tan bellas iluminarias!

PER. Nuestro gran conocimiento
¿te acuerdas que fué en la armada,
y que tú aun eras pequeño
oficial, y yo mandaba
toda la caballería
de las galeras de Malta?

FRANC. Sí, amigo.

LUCIA. Yo quiero mucho
los soldados.

CLARA. Pues yo, pajas.

FRANC. ¿Te acuerdas cuando ganamos
la media luna?

PER. ¿Qué hablas?
No era sino luna llena;
donde un golpe de granada
me llevó la pierna izquierda.

CLARA. ¿Pues no teneis hay entrambas?

PER. Es que la encontró un soldado,
y viendo que era la pata
de su general, la trajo,
y volvimos á pegarla:
tiene usía la añadidura.

LUCIA. Con efecto, está bien clara.
FRANC. Perdonen usías, y tienten
donde tengo yo una bala
como una nuez. (*Á la nuez.*)
CLARA. Es verdad:
toda la gente de espada
es muy hábil y valiente,
y es la gente que se trata
mas útil.

Sale BENITO.

FRANC. ¿Los músicos han venido?
BEN. Ya esperan en la antesala.
FRANC. Que entren.

Salen los Músicos, *con instrumentos.*

MÚSICOS A los piés de usías.
CLARA. (Ve aquí lo que nos faltaba,
unos cortejos en forma.)
FRANC. ¿Están templadas las gaitas?
M. 1.° Toda la orquesta está á punto.
FRANC. Vizconde, con estas damas
bailemos un minué doble.
LUCIA. ¡Con unas pobres patanas...
señores, si no sabemos!
FRANC. Pues vizconde, una alemanda
hemos de bailar los dos.
PER. Soy contento: al sol jamás
le ofuscan las nubes pardas.
(*Bailan los cuatro.*)

Salen D. ROQUE *y* D. JACINTO *con otros, y los dán de palos.*

ROQUE ¿Pícaro, qué haces aquí?
PER. ¿Hago lo que usted me manda?
¡Ay, ay!
JACIN. Bribon, ¿tú metido
á sujeto de importancia?
FRANC. ¡Ay de mí!
CLARA. Pero ¿qué es esto?
¿por qué no sacais la espada?
PER. Esto es amistad: ¿pues no
conoceis que ha sido chanza?
FRANC. Por no matarlos, no quiero
irritarme.
LUCIA. ¿Pues qué infamia
es esta?
ROQUE Por que conozcan
á lo que buen gusto llaman
estas señoras, ponedlos
á entrambos á dos en bata.
(*Los desnudan.*)

Sale D. BERNARDO.

BER. Señores ¿qué ruido es este?
CLARA. Esos hombres, que profanan
tu casa y nuestro respeto.
JACIN. No es sino desengañarlas
de su eleccion: pues las mismas
que de nosotros se enfadan
admiten nuestros lacayos,
y por la apariencia vana,
prefieren sus travesuras
y á su cortejo se humanan.
FRANC. ¡Ved aquí un marqués en paños
menores!
PER. ¡Ay, temeraria fortuna,
qué presto has hecho
mi señoría una plasta!
JAC. Señoras, si en el estado
que los veis, os arrebatan
el buen gusto y el espíritu
civil, no tenemos nada
que apetecer: ahí os quedan,
gozadlos edades largas.
(*Vánse los dos.*)
CLARA. ¡Yo reviento de despecho!
LUCIA. ¡Qué sonrojo!
M. 1.° ¿Quién nos paga?
FRANC. Ahí está el señor vizconde.
PER. El señor marqués os llama.
M. 2.° Señor, aunque usted perdone,
¿es usted el amo de casa?
BER. ¡Soy el diablo, picarones!
FRANC. ¿Usted sabe con quién habla?
CLARA. Despues de tanta insolencia,
atrevidos, ¿teneis cara
para mirarnos?
FRANC. ¡Oh mundo:
cómo á la menor desgracia
desprecia á un hombre la propia
lengua que antes le adulaba!
Vamos á buscar fortuna
á otra parte, camarada. (*Váse.*)
PER. Vamos, pues vemos que solo
las apariencias se pagan,
que la virtud en estando
desnuda, no vale nada. (*Váse.*)

FIN.